

Francisco de Asís, pobre y libre



Francesc Gamissans

Santos y Santas – 2

Un nuevo Cristo en la tierra

Desde el momento de su conversión, Francisco será un enamorado de Cristo, sobre todo en los misterios de la Encarnación, de la Eucaristía y de la Pasión y Muerte.

En primer lugar le cautiva el nacimiento del Hijo de Dios. En una cueva cercana al pueblito de Greccio, en medio del bosque, representa un belén viviente. Fue en la noche del 24 de diciembre de 1223. Todo se hizo a medida: el buey y la mula, la paja, el pesebre, un labrador que hace de san José y una mujer haciendo de Virgen María. En un altar portátil se celebra la Eucaristía. Él, que era diácono, lee el evangelio y dirige unas palabras a todos los fieles asistentes. Y comenta su biógrafo, Tomás de Celano, que cada vez que pronunciaba las palabras *el Niño Jesús* se relamía los labios como si gustara la dulzura de aquellas palabras, y al decir *Belén* su boca se llenaba de un tierno afecto como el balido de una oveja. No faltaron canciones ni alegría en aquella noche santa. Él mismo comentaba luego a sus compañeros: *Tan sólo después de que el Señor ha nacido para nosotros, hemos podido ser salvados.*

El santo fue también un adorador enamorado de Cristo presente en la Eucaristía. En una carta a los sacerdotes escribe: *En cualquier lugar que el santísimo Cuerpo de Jesucristo esté indebidamente colocado y abandonado, ruego que se saque de aquel lugar y sea puesto en otro digno donde se pueda guardar adecuadamente.* Y en lo referente a los sacerdotes, a quienes denominaba «mis señores», no quería considerar pecado en ellos porque, decía, *son los que consagran y administran el Cuerpo de Cristo a los demás.*



Finalmente, fue proverbial su enardecimiento hacia Cristo crucificado. Siempre que entraba en una iglesia hacía esta oración: *Te adoramos, Señor Jesucristo, aquí y en todas las iglesias que hay en la tierra, porque con tu santa Cruz has redimido al mundo.*

Dos años antes de morir, durante el mes de septiembre, en la llamada cuaresma de san Miguel, Francisco subió a la montaña llamada La Verna con intención de retirarse una temporada. Sólo se llevó a uno de los discípulos más íntimos, fray León, que le llevaría cada día un poco de pan y de agua, y le hacían compañía los pájaros rompiendo el silencio con sus trinos.

Meditaba y lloraba la Pasión del Maestro, y a medida que pasaban los días y las noches en divina contemplación experimentaba más vivo el deseo de participar en los sufrimientos y en el amor del Crucificado. De sus labios brotó esta oración:

– Señor mío Jesucristo. Te pido me otorgues dos gracias antes de morir. La primera, que experimente en el alma y en el cuerpo, y en todo lo que sea posible, aquel dolor que Tú, Jesús dulcísimo, sostuviste en tu amarga Pasión. La segunda, que sienta en mi corazón, tanto como sea posible, aquel amor inconmensurable en que Tú, Hijo de Dios, te abrasabas cuando sufrías tantos tormentos por nosotros pecadores.

Esto sucedía el día 14 de setiembre, fiesta de la Santa Cruz. Al despuntar el día, Francisco ve bajar del cielo un serafín con seis alas encendidas y resplandecientes que, en un ligero vuelo, se acerca a él. Observa claramente la figura de un hombre crucificado –Cristo– con seis alas de serafín que cubren su cuerpo. Siente un gozo inmenso

ante el aspecto atractivo del Crucificado, que le mira lleno de amor; pero, por otro lado, al verlo clavado en la cruz, experimenta un profundo dolor de compasión.

Acabado aquel éxtasis, aparecen en las manos y los pies de Francisco los estigmas de Jesús, y en su costado derecho una larga herida, roja y sangrante que llega incluso a manchar su túnica. Desde entonces iba por el mundo y se abrazaba a los árboles llorando y diciendo: *¡El Amor no es amado, el Amor no es amado!*

«Dios mío y todas las cosas»

San Francisco es patrono de los ecologistas, aunque en él el ecologismo sólo tiene sentido en una dimensión vertical: respeta y ama el universo como obra maravillosa salida de las manos del Creador, al cual siempre se dirige con himnos de alabanza y de agradecimiento. Así lo expresa en su «Cántico del Hermano Sol»:

– Altísimo, omnipotente y buen Señor, tuyas son las alabanzas, la gloria, el honor y toda bendición. A ti sólo, Altísimo, te pertenecen y ningún hombre es digno de hacer de ti mención.

Francisco exclama por bosques y montañas: *¡Dios mío y todas las cosas!* Las contempla embelesado y a todas las llama «hermanas» porque provienen de un mismo Padre: hermano Sol, hermana Luna y hermanas estrellas, hermano fuego, hermano viento, hermana agua, hermanos pájaros y hermano lobo. No huye del mundo como los anacoretas, ni menosprecia la belleza de la creación. En todo caso lo que rechaza es el deseo de poseer y de destruir la naturaleza en beneficio propio. *Las hermanas ni se poseen ni se violan; simplemente se tienen*, escribe Chesterton comentando la actitud ecológica del santo.

Dama Pobreza

En sentido lírico y como un trovador inspirado, Francisco aplica el superlativo «altísimo» tan sólo a Dios y a la virtud de la pobreza. La altísima Pobreza será su amada. Al ver cómo fue valorada por el Hijo de Dios mientras todos la repudiaban, quiso desposarse con ella. Nadie ha ambicionado nunca el oro como él la pobreza, esa perla fina del evangelio. Nada ofendía tanto su honor como ver entre los compañeros, tanto fuera como dentro del convento, algún comportamiento contrario a la pobreza.

La pobreza, sin embargo, no era un fin en sí mismo, sino un camino para alcanzar el amor; el amor a Cristo pobre y despreciado, y el amor a los hombres más marginados. Sabía que a los ricos les dan la felicidad las riquezas –como sabía que en la riqueza no está la perfecta alegría–, y que a los pobres tan sólo les da la felicidad el amor. Y ya que el amor era su tesoro nunca agotado, lo ofrecía con mayor gozo y generosidad a aquellos que más lo necesitaban y esperaban: los pobres.

Un día, la madre de dos de sus compañeros vino confiadamente a pedirle limosna. Fray Catanio dijo a Francisco:

– Nada tenemos en casa de valor que le podamos dar. En todo caso, hay un ejemplar de los Evangelios, el que utilizamos para la lectura de maitines.

Francisco le contestó:

– Pues da a nuestra madre los evangelios: que los venda y que satisfaga su necesidad, porque en el mismo Evangelio se nos exhorta a socorrer a los pobres. Estoy seguro de que agrada más a Dios que demos el libro que no que lo leamos.